

## UNA NOVELA PANAMEÑA

Es muy poco relativamente, lo que en nuestros países suramericanos conocemos de la literatura centro-americana. Así la afirmación vale para lo que respecta al grupo de esas seis naciones que respecta al grupo de esas seis hermanas naciones centrocontinentales, aún es mayor la dificultad cuando nos ceñimos a una sola de ellas en particular.

Sobre todo se hace casi imposible a veces el conocimiento en cuadro general de los autores y productos literarios de mayor significación en los años contemporáneos. Los libros de historia de la Literatura Hispano-Americana apenas suministran sino datos esporádicos e inconexos. El mismo Luis Alberto Sánchez, tenaz compilador de esa clase de datos, en su más reciente obra "Nueva Historia de la Literatura Americana" escribe al hablar de Centroamérica: "Repito, en esta edición lo mismo que en la anterior: son muchas las dificultades para conocer el panorama literario de Centroamérica, y aunque he avanzado aquí mucho sobre lo escrito en 1937, no es todo, ni mucho menos de lo que habría deseado". (1)

Equivocado sería que por lo arriba escrito dedujéramos la conclusión de que la cultura contemporánea de aquellas naciones lleva un ritmo lento y retrasado. La dificultad no estriba sino en la falta de difusión, fuera de las fronteras patrias, de los productos que aquellas naciones elaboran al mismo ritmo y nivel que las demás del continente americano.

Con verdadero afán y contentamiento hemos ido leyendo y estudiado varias obras que recientemente nos llegaron de Panamá. Casi todas ellas están laureadas por premios, de los que anualmente

concede la Municipalidad de Panamá a la mejor novela y al mejor libro de poemas. Además, la presentación tipográfica de casi todos esos libros es acabada, y denota modernidad, sobriedad y buen gusto.

Hecha estas necesarias observaciones, no creemos desacertado dar a conocer a nuestros lectores alguna de estas obras. La que hoy presentamos es una novela que consideramos de mérito relevante, y que podría servir de ejemplo aleccionador para tantos pretendidos novelistas modernos de nuestras naciones, que tan lamentablemente yerran en la escogencia de sus temas y sobre todo en la manera de enfocarlos y desarrollarlos.

La novela que nos ocupa es "Crisol" y su autor es José Isaac Fábrega, de quien desafortunadamente no poseemos datos particulares biográficos ni bibliográficos. Sólo sabemos, por sus propias palabras, que es abogado y periodista. Su libro fué premiado con el Primer Premio, -Medalla de Oro-, en el Concurso celebrado en 1936 por el Municipio de Panamá. (2).

Consta de veinticinco capítulos, no muy extensos, que guardan una perfecta unidad de acción y de interés. El título lo explica el autor en el último párrafo de la obra al decirnos: "Que Panamá es el centro, es el eje y es también el Crisol inmenso: crisol donde se funden para forjar a Pedrín- el luminoso metal nuevo- con pedazos de los metales de los otros pueblos del mundo, un bloque del noble hierro resistente con que fabrica España sus espadas de Toledo..." (p. 186)

Parece como si Fábrega hubiese pretendido, en efecto, plasmar dentro de

(1) Edición de 1944. — Editorial Americana, Buenos Aires. Pg. 405.

(2) José Isaac Fábrega, "Crisol", Novela Nacional Panameña. Star & Herald Co., Panamá, R. de P., 1936, 186 pp.

un ambiente tan extraordinariamente cosmopolita como el de Panamá, la síntesis de la antagónica y pintoresca mezcla de razas, culturas y tradiciones que en pleamar incontenible se explayan sobre una pequeña porción territorial americana. Lugar forzoso de cita y de paso para el europeo, para el asiático y para el americano, todos ellos van dejando su sedimento, y con el correr de los años surge de aquel conglomerado un pueblo nuevo, sano y trabajador.

Esa idea fundamental la concreta atinadamente Fábrega en ese producto Pedrín, que es el hijo de un contrariado y atribulado matrimonio que ha ocurrido entre el ingeniero norteamericano Mr. O'Neil y la joven española Dolores, hija del rancio hogar andaluz de Don Santiago Jovellanos. Don Santiago es dueño de una espléndida finca de caña de azúcar llamada "San Isidro", y O'Neil ha sido contratado como ingeniero y técnico de la empresa. O'Neil y la atractiva hija de Don Santiago, Dolores, se enamoran, y a pesar de la tenaz oposición del viejo español, contraen legítimo y cristiano matrimonio. Rafaelito Cevallo, barbilindo que pretendía a Dolores, y a quien O'Neil venció una vez en lucha brazo a brazo, al verse ahora derrotado en el campo del amor prepara una cruel venganza: ofrece una buena suma de dinero al negrito jamaicano Alfred "Bambú", y le da astutas instrucciones para que prendiera fuego a la hacienda "San Isidro" de manera que la culpa recaiga evidentemente sobre O'Neil. El criminal hecho se ejecuta y el norteamericano, imposibilitado de defenderse, va a presidio. Un accidente que pone a punto de muerte al jamaicano "Bambú", atemoriza más su ya intranquila conciencia y le hace declarar la verdad. Cevallo es aprehendido; brilla la inocencia de O'Neil y Don Santiago, viejo y noble hidalgo español. Ante el hecho, se reconcilia con Dolores y O'Neil y mira alborozado al nieto Pedrín en quien se van a perpetuar en feliz unión dos sangres que él creyó antagónicas.

Para el desarrollo y estructuración de este argumento, relativamente simple y no de extraordinaria originalidad, el autor ha sabido utilizar un conjunto de elementos disímiles y dispersos, pero que era necesario emplear si se de-

seaba dar a la novela un carácter auténticamente nacional. El campo y sus explotaciones; la ciudad con su comercio y su compleja vida internacional; el importante sector de población de negros jamaicanos inmigrados en grandes cantidades cuando las obras del canal; las celebraciones populares; el inmigrante culto norteamericano etc., estos y otros factores sustanciales de la vida panameña, han quedado oportunamente y artísticamente entrelazados en una acción que corre llena de interés, sin digresiones ni apartes que entorpecieran el hilo de los episodios. Y no dejaremos de especificar asimismo el tino del autor al no olvidar el elemento religioso, discretamente señalado, y utilizado con gran acierto de interpretación; mejor dicho, con la única y legítima interpretación que siempre debía dársele en nuestras novelas hispanoamericanas.

"Crisol" es, pues, una novela muy bien lograda, y que si no aspira a sumarse a la categoría de las grandes novelas hispanoamericanas, es sólo debido a cierta limitación impuesta por el autor al núcleo de su argumento, y por no habersele dado a algunos capítulos una más ceñida y acabada estructura. (3). Pero incuestionablemente "Crisol" es una obra digna de cualquier literatura; con un valor permanente como creación y como ejecución; capaz de competir con una gran parte de las buenas novelas modernas hispanoamericanas; superior sin duda ninguna a ciertos engendros extravagantes y violentos que inmerecidamente han logrado crédito y reputación a base de bien conocidas propagandas baratas y sectarias. Y por sobre todo esto, "Crisol" es sin discusión, un interesante y acertado intento de interpretación etnológica y social de un medio históricamente real; las páginas de esa novela dan forma y organización armónica a una serie de elementos reales que constituyen el sustratum de la nacionalidad panameña, por lo menos en el aspecto enfocado por el autor. Por eso la obra de

(3) El autor explica en el breve prólogo de su novela, las causas que lo obligaban a trabajar un poco aprisa, y casi sin tiempo para revisiones, el material que iba formando su obra.

Fábrega puede bien llamarse novela nacional panameña.

No nos es posible analizar la formación y progreso de Fábrega como escritor. Pero esta sola novela "Crisol" nos lo muestra con un estilo no improvisado o primerizo, sino con características de soltura y dominio del lenguaje, y como de algo que ya cristaliza en formas personales y definitivas. Fábrega posee una cualidad que va siendo muy rara en muchos modernos escritores hispanoamericanos: la de saber escribir gramaticalmente bien, con corrección y casticismo de lenguaje. Su estilo es de corte moderno, y tiene claridad y fluidez extraordinarias. Se adorna con abundancia de términos, epítetos y adjetivos, que dan brillo y sonoridad a las cláusulas. Alguna vez es posible observarle algún ligero recargo de palabras pero nunca en forma que perjudique al relato o a la acción, ni tampoco como un afán exagerado y ridículo de lucir coloridos baratos y empalagosos.

Por razón pues de su estilo, "Crisol" se lee con agrado; sus páginas aún las que ofrecen menos acción o movimiento, gustan y se recorren de nuevo sin cansancio. Fábrega es un gran pintor con palabras. Para describir es un veterano. Y esa facilidad lo lleva espontáneamente a detenerse en descripciones galanas, precisas y oportunas. No abusa de esta fácil aptitud; pero toda su novela es un mosaico, sin recargos ni exageraciones, de descripciones estupefactas. Hay capítulos en los que el desarrollo mismo del asunto central exigía una descripción o un relato más detenido. Y Fábrega triunfa como un gran maestro. No se ahoga en pormenores, ni se diluye en exceso de toques de colorido; sino plasma cuadros de inolvidable y sereno realismo. La descripción del barrio de los negros jamaicanos, Calidonia, en el capítulo tercero, o la del incendio de la finca "San Isidro" en el capítulo diecisiete, son ejemplos clarísimos de lo que hemos afirmado. Y más en particular, la descripción de la estancia del maestro músico, Henry Douglas, (p.23) evoca en su minuciosa precisión el arte incomparable con que suele describir el gran novelista Luis Coloma.

La distribución de capítulos y episodios guarda acertada variedad, sin pe-

ligro para la unidad ni para la armonía del conjunto. Y de igual manera, dada la multiplicidad de elementos típicamente panameños que habían de intervenir en el relato, el autor tuvo excepcional acierto en la selección de los pocos e indispensables personajes, para no recargar ni complicar la trama, y al mismo tiempo unificarlos en una sola acción continuada y espontánea. Son media docena los principales y casi únicos de toda novela. Ninguno de ellos está retratado con exceso de luces, sino más bien con sobriedad. La figura del viejo español Don Santiago Joveñanos es sin embargo estatutaria o inolvidable. Su sencilla altivez, su nobleza y sinceridad, aun dentro de cierta brusca terquedad, lo hacen simpático; y el rasgo final con que, equivocadamente, cede paso en su tienda al habla inglesa, al oír en labios de su nieto Pedrín, acababan por ganarle la voluntad al lector. Asimismo, los momentos en que entra en acción el jamaicanito "Bambú" están admirablemente logrados.

La faena campestre en la hacienda de caña, ofrece momentos magníficos, que sabrá apreciar mejor quien haya tenido ocasión de presenciársela personalmente. Transcribimos un pasaje referente al corte de la caña:

"Ya había pasado, de mayo a diciembre, la época en que crecen y se hacen grandes las cañas. Ya el jugo estaba dulce, en sazón plena, y dentro de su encierro de fibras parecía presto a desbordarse. Era el momento del corte. Se hacía preciso ir llevando sin tregua, día y noche, a las grandes compresoras metálicas aquellos miles y miles de robustos nudos que al romperse sobre las grandes ollas, se derramaban fecundos en torrentosa lluvia azucarada. Había en la brega, bajo el sol del verano, trescientos mozos jadeantes. Y allí estaba O'Neil, a la cabeza, luchando como uno de tantos, infundiendo alientos, el machete en la mano, como el jefe que da el ejemplo avanzando, a la vanguardia, en el campo de batalla. Brillaban en el aire los machetes; sonaba el golpe rudo, caía herida la caña; la tierra, antes cubierta de penachos, iba pareciendo ahora como un reguero de cadáveres con aquellos troncos caídos, con aquellas pencas orgullosas que rodaban. Oíase el grueso respirar constante; brotaban gritos, voces de entusiasmo, como si el olor a campo emborrachara. Y los machetes continuaban siempre golpeando, incansables, devastadores,

en un ímpetu de hierro, en una tempestad de filos rutilantes. El campesino fuerte, tostado, se inclinaba sobre el suelo; y así hecho un arco, caminaba, avanzaba; dando tajos, afanoso, decidido, heroico, hasta que se detenía un momento en media brega con la boca semi-abierta, y se erguía en el descanso de un instante, expandido el noble pecho donde el sudor resbalaba en gotas por el oscuro vello ensortijado. Y O'Neil seguía siempre allí, como uno de tantos, en la avanzada, volviendo a cada momento el rostro vigilante, reclamando a cada labriego por su nombre, como si fuesen viejos camaradas". (pp. 73 - 74).

Pasajes de tan atinado realismo y poética presentación de escenas locales, pueden espigarse a granel a lo largo de toda la obra de Fábrega. Y de igual manera debemos indicar que la forma diáscada, que logra conveniente y oportuna intervención en no pocas páginas está manejada con espontaneidad y discreción.

Tal vez uno de los pasos mejor logrados en toda la novela es el de la tragedia en que se ve envuelto el inocente O'Neil y con él su esposa; el temple de espíritu y la serenidad casi insospechada con que ambos esposos se hunden gradualmente en la desgracia, conquistando irresistiblemente el ánimo del lector.

Fábrega mantiene en toda la novela un sentido adecuado de humanismo, y de debida proporción, como no es fácil encontrarlo en muchos modernos nove-

listas. Sus personajes son entes vivos, de carne, hueso y espíritu; hay juego de pasiones, hay lucha de sentimientos encontrados; pero en ninguno de los casos se llega al exceso, ni al desbordamiento innecesario. No hay estrépitos ni tonos chillones; no se usa el reclamo exagerado, ni se provoca la exaltación destemplada en ninguno de los aspectos del argumento. Hay tres o cuatro momentos amorosos, pero sin regodeos pasionales innecesarios a pesar de que la escena queda fresca y natural. Y así también los episodios de ira, venganza, rencor, etc., quedan en el punto cabal necesario para la realidad de la acción y nada más.

No podemos cerrar estas observaciones sin dejar constancia de lo bien interpretados que quedan en "Crisol" los sentimientos cristianos; en los momentos oportunos hay intervención sobria, a veces decisiva, del elemento religioso; y en todos ellos el autor procede con nobleza y acierto. La figura del sacerdote P. Fabiani está tratada con agradable respeto y dignidad; cosa ésta que forma violento contraste con la actitud voluntariamente equivocada de tantos otros escritores.

De la cultura y estudio de esta novela- con los aciertos que le hemos encontrado y el interés que su desarrollo suscita-, desprende un sentimiento de simpatía hacia un autor que en nuestros días construye una innegable obra de arte por caminos de limpieza, de serenidad, de humanismo.

*Pedro P. Barnola, S. J.*